1ª lectura: 1 Rey 19,3-8

2ª lectura: Ef 4,30-5,2

Evangelio: Jn 6,41-51

¿Qué debemos comer para tener la vida eterna?

[Delante del púlpito hay una mesa puesta con un plato de diferentes alimentos y un vaso de agua]

He puesto la mesa con diferentes tipos de comida. Aquí hay galletas, pan, una manzana, papas fritas ¿Les gustaría alimentarse cada día de papas fritas? No, necesitamos una mejor alimentación para nutrirnos bien Las mamás siempre piensan en esto: ¿Cómo preparar una comida sabrosa y nutritiva? ¿Cómo preparar la lonchera de los niños escolares? Quieren darles algo sano y nutritivo, no algo con mucha grasa, ni con mucho azúcar. Es importante que comamos para no morir de hambre, pero también es importante que comamos alimentos sanos y buenos cada día, porque de la comida nuestro cuerpo saca energía y fuerzas para mantenerse toda la vida. Es menester alimentarse bien para evitar enfermedades como gastritis y trastornos digestivos y para no tener problemas de sobrepeso y demasiado colesterol, etc.

La vida es larga – si Dios lo permite – y tenemos que cuidarnos y mantener el cuerpo.

Hambre espiritual

Ahora, muchos seguramente sienten hambre.... Pero no solo existe el hambre físico, sino también el hambre espiritual. También en el sentido espiritual tenemos que alimentarnos correctamente para no sufrir de enfermedades de nutrición espirituales.

¿Cómo estás tu? ¿Tienes hambre espiritual? El hambre espiritual no se siente en el estómago, sino en el corazón, en la mente. Es como una inquietud en tu alma, porque no sabes realmente si tienes la vida eterna. Él que sufre de este tipo de hambre espiritual busca saciarse de varias maneras, pero después de todos sus intentos sigue sintiendo hambre.

Este tipo de hambre espiritual es muy común. Muchos tratan de saciar su hambre con su propia piedad, su entrego al Señor, sus obras y las experiencias espirituales.

Pero no les da satisfacción, porque una de las enfermedades espirituales de la que el hombre puede sufrir es la de poner énfasis en sí mismo y no en Dios.

Muchas veces pensamos que la fe es algo de nosotros mismos. Queremos hacer obras, queremos contribuir a la salvación. Fácilmente consideramos la gracia y la salvación un negocio o un trato. Dios me da gracia y perdón, y yo le doy mi fe. Asimismo, queremos contar con nuestras obras de piedad como una contribución a la salvación: nuestra asistencia a los cultos, nuestra actividad en la iglesia, en las juntas y en los diferentes grupos, nuestra oración, etc, etc. Creemos que nosotros mismos podemos – y debemos - hacer algo o contribuir con algo. Pero la espiritualidad que pone énfasis en el hombre y en las obras del hombre nunca puede saciar el hambre espiritual. Es como comer papas fritas toda su vida. El estómago se llena por un tiempito, pero no da nutrición. No es una alimentación sana que nos da vida, sino una comida que a lo largo de los años nos va a matar.

Nuestras obras y nuestra fe nunca pueden ser contribuciones a la salvación. Porque el hombre no puede generar la fe en Cristo. No somos capaces de hacerlo. Dios tiene que revelarnos el secreto del evangelio, llevarnos a Jesús y hacernos creer en Él, porque no lo captamos por nosotros mismos. Como Jesús dice en el texto: nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae. Es Dios quien nos lleva a Cristo y quien nos regala la fe en Cristo. Y Jesús promete resucitar al que en el cree. Él que cree en Cristo, porque Dios le ha revelado la verdad de la Biblia, él que cree en Cristo porque no puede vivir sin él y sin su perdón, él tiene a vida eterna.

La vida del cristiano es larga, y aunque tenemos una bonita promesa del Señor de la vida eterna, todavía no estamos en el cielo. Por eso tenemos que alimentarnos bien para tener fuerzas y energía seguir en el viaje.

Hay muchos que quieren enseñarnos que la fe es una obra nuestra. Se enseña que el cristiano tiene que producir la fe, y que todos sus problemas se deben a una fe débil. Si estás enfermo, si tienes problemas económicos, si hay fracasos en tu vida, es porque no tienes suficiente fe, se dice. Esto es mentira, porque la Biblia nos enseña claramente, que el cristiano muchas veces tiene que sufrir, y que los sufrimientos pueden surgir según la voluntad de Dios. Una enseñanza como esta, que pone énfasis en el hombre y su habilidad de creer, nos causa mucha inseguridad en cuanto a la fe, nos causa más hambre espiritual. Y si fuera así, que todo depende de la fuerza de la fe que nosotros podemos producir, significaría que la salvación y el bienestar

espiritual dependerían de nosotros mismos más que de Dios. Y así no habla la Biblia.

El hambre de milagros

Los judíos también sufrían de hambre espiritual. En los tiempos de Juan el Bautista muchos fueron al río Jordán para escucharle y para ser bautizado con el bautismo del arrepentimiento. Después fueron a escucharle a Jesús y para experimentar sus milagros. Y varias veces Jesús les enseñaba y les mostraba su poder sobre las enfermedades y la naturaleza. Pero los judíos seguían dudando, porque querían más señales. Seguían exigiendo más experiencias espirituales extraordinarias en vez de permitir que Jesús saciara su hambre espiritual. Como escuchamos hace dos semanas, Jesús alimentó a 5000 personas con un poco de pan y dos pescados. Pero esta experiencia tan significante no les convenció, aún después de eso no aceptaban a Jesús y su enseñanza, sólo querían más milagros, más experiencias. Por eso murmuraban, cuando Jesús se resistió a ser un rey de panes o un curandero milagroso. Se murmuraban cuando les dijo que Él mismo y no los milagros podía saciar su hambre espiritual, afirmando que Él es el pan de vida, que ha bajado de los cielos.

Hay muchos hoy en día que se parecen a los judíos de aquel entonces. Porque muchos piensan que las experiencias extraordinarias son las que les dan nuevas fuerzas en su vida cristiana. Piensan que si solo experimentan tal o cuál milagro, tendrán fuerzas y alimentación para seguir. Piensan que lo que deben alimentar son sus sentimientos. Piensan que si no se sienten exaltados y entusiasmados a su fe le falta alguna alimentación. Se dice que es necesario sentir mucho para creer correctamente, sentir nuestra fe, experimentar lo extraordinario todo el tiempo. Pero los que piensan así se equivocan. Jesús no habla así. Se están alimentándose equivocadamente, y siguen en su hambre espiritual. Los milagros, si son de Dios, son buenos porque son testimonios de su poder y nos pueden dar mucho ánimo. Pero no podemos alimentarnos para la vida eterna buscando milagros y experiencias espirituales extraordinarias. Es como comer el maná en el desierto: Es bueno, y muestra el cuidado de Dios, pero no les dio vida eterna, porque a fin i al cabo murieron los que lo comieron.

Dios quiere alimentarnos

Pero sí, Dios quiere darnos la comida para la vida eterna y la alimentación que de veras puede saciar nuestra hambre espiritual. Jesús lo dice claramente hoy día: Tu puedes saciarte. Puedes saciar tu hambre espiritual, pero solamente si acudes a Jesús

con tu hambre, porque Él es el único que puede saciarte. Tenemos que dejar toda idea y esperanza de que nosotros mismos podemos hacer algo o contribuir con algo, dejar la idea equivocada de alimentarnos para la vida eterna con comida nociva. Solamente Jesús, y no nosotros mismo, puede saciar el hambre espiritual, porque solamente Él es el pan de vida.

Jesús nos enseña hoy día, que el que escucha la Palabra del Padre (v.45) es quien viene a Cristo. Es así porque la Palabra de Dios desde el comienza hasta el fin habla de Jesús, habla de cómo el hombre puede ser salvo en Jesús. Y solamente la Palabra de Dios puede crear la fe en nosotros, porque es por escuchar esta palabra, que Dios nos regala la fe en Cristo.

Si quieres tener la vida eterna y si quieres saciar tu hambre espiritual solo tienes que escuchar la Palabra de Dios y creer en él que ha bajado de los cielos: Jesucristo. Busca a Él en la Palabra y Dios va a crear la fe en tu corazón. Todo es de Él, tanto la salvación como la fe, que nos hace participar en la salvación.

Jesús dice que debemos escuchar la palabra del Padre y acudir a Jesús y comer su carne. El que hace así es el que cree. Y El que cree tiene vida eterna. No pone condiciones en cuanto a la medida de sentimientos, ni nos pide buscar experiencias espirituales extraordinarias. No, nos pide escuchar su palabra y comer el pan de vida: la Santa Cena.

La Palabra y la Santa Cena son los alimentos que debemos comer para tener vida eterna, porque por medio de estos alimentos, Jesús te da vida eterna. Como Dios puso la mesa para Elías y lo invitó a comer para tener fuerzas para el viaje, así Dios pone la mesa y nos invita a participar en la Santa Cena. Jesús es el pan de vida, él que nos da vida eterna, y por medio de la Santa Cena recibimos verdaderamente su cuerpo y sangre, lo que nos ha conseguido la salvación. Jesús nos da de si mismo en la Santa Cena, recibimos su perdón, su gracia, su amor y comunión con él. Por eso es tan importante alimentarse de la Santa Cena.

El milagro de la Santa Cena es mucho más grande que el del maná, porque los que comieron el maná murieron. El que come la Santa Cena, el cuerpo y la sangre de Cristo no muere, sino vivirá para siempre. Su hambre será saciada y tendrá vida eterna.

Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que era, es y será el único verdadero Dios desde los siglos y por los siglos. AMEN